

William Finnegan Una de las figuras del periodismo literario americano, premio Pulitzer, recapitula su vida en clave de surf

La belleza terrible de las olas

ANTONIO LOZANO

El pasado 11 de septiembre William Finnegan (Nueva York, 1952) se disponía a visitar un barrio particularmente conflictivo de Caracas –tanto que tuvo que dar esquinazo al guía que velaba por su seguridad y, por segunda vez en su carrera periodística, dejó sus señas a un contacto de la redacción de *The New Yorker* por si le ocurría algo – cuando recibió un mensaje de su pandilla surfera: “¡Nos vemos en Long Island, tío, va a ser muy grande! ¡Sal ya!”.

Cuarenta y ocho horas después, ya de regreso en su pequeño estudio del Upper West Side, mientras sirve café en un comedor con imponentes vistas a Central Park y un suelo tapizado de revistas y libros en precario equilibrio, sigue dando gracias por haber salido vivo del infierno venezolano pero, sobre todo, lamenta haberse perdido las mejores olas que ha visto Long Island en muchos años. “Ya he cumplido 64 años pero sigo saliendo con la tabla todo lo que puedo. El surf no es un deporte, es una adicción”, remarca.

Finnegan lleva desde principios de los años ochenta afincado en Nueva York, escribiendo reportajes

La adicción a este deporte le hizo mejor periodista, le enseñó a buscar el riesgo y las buenas historias

de investigación para su más célebre semanario con los que ha cubierto multitud de conflictos políticos y guerras civiles en África, los Balcanes o América Central, lanzando sus redes sobre asuntos como los enfrentamientos entre los cárteles de la droga en México, las condiciones de vida esclavistas de los trabajadores de las minas de oro en Perú o la rivalidad sanguinaria entre bandas moteras de neonazis en el sur de California. Pero si ahora es él el que se enfrenta a los interrogatorios y a la mirada escrutadora del periodista, se debe a cuanto ocurrió antes de jugarse el pellejo por un

buen reportaje, antes de tener una dirección postal fija, antes de pagar impuestos, antes de echar raíces, antes de casarse y de ser padre.

Esta cadena de pretéritos se despliega por las páginas en *Años salvajes*, memorias galardonadas con el premio Pulitzer donde la pasión por el surf va marcando el paso de una juventud que arranca en California y Hawái para extenderse por Oceanía, Australia, el Sudeste Asiático, Sudáfrica y San Francisco. La búsqueda de olas gloriosas y la escritura de novelas fallidas son los motores de una itinerancia constante durante la cual forja amistades eternas, se enamora y desenamora, casi muere ahogado, enferma de malaria, sufre intoxicación alimenticia, se familiariza con la pobreza extrema y asiste a los estertores del apartheid, entre muchas otras experiencias formativas *hardcore*.

William Finnegan ve una conexión palmaria entre los dos grandes bloques que han definido su existencia. “Al enterarse de que había malgastado mi juventud persiguiendo olas y viviendo en lugares lejanos –porque tardé en salir del armario como surfista al temer que los estereotipos ligados a mi afición me hicieran perder credibilidad como analista político–, mi editor en *The New Yorker* señaló que por eso estaba colaborando con ellos. Supongo que aprendí de forma temprana a descifrar los lugares, detectar dónde están las buenas historias, intimar con los desconocidos, seguir pistas, medir los riesgos... desarrollé una serie de habilidades e instintos que me han resultado muy provechosos en mi trabajo”.

En *Años salvajes* se enfrentaba al desafío de interesar al profano sin dejar de insultar al experto. El surf cuenta además con un serio problema de representación, pues le ocurre algo parecido a lo que el escritor Geoff Dyer señaló en el caso del tenis: “Describirlo plantea, a grandes rasgos, las mismas dificultades que escribir sobre sexo”. Jamás se ha escrito una buena novela ni filmado una gran película sobre el tema, dice. “En mi libro intenté privilegiar la



talento, jerarquía y tablas asesinas

Cosas que probablemente no sabría sobre el surf de no escuchar o leer a Finnegan:

■ **Un surfista de raza** es lo más cercano que hay a un oceanógrafo. “Dedicar su vida a predecir el comportamiento del mar a partir del estudio de una cantidad asombrosa de variables como el viento, las corrientes, las mareas, la dirección del oleaje, la consistencia de las olas... Descifrar un lugar puede llevarte años, décadas o toda una vida”.

■ **Las grandes olas** no son las mejores olas, sólo son las más peligrosas. Las olas realmente codi-

ciadas no exceden en mucho el tamaño del surfista y, por encima de todo, son “ridículamente poco profundas, como de unos sesenta centímetros. Sólo así se forman cañones que gozar a travésando”.

■ **En casi todo el planeta** las condiciones ideales para practicar surf se dan en invierno.

■ **La mayoría de ahogamientos** se dan como resultado de impactos en la cabeza con la propia tabla de la víctima. Asimismo, alcanzar de nuevo la orilla deviene en muchas ocasiones una verdadera pesadilla.

■ **Si no empiezas muy joven**, difícilmente llegarás a dominar mediana-

Finnegan vivió una juventud marcada por el surf. Arriba, con su tabla contemplando el mar. A la derecha, fotografías del escritor en su adolescencia y en la actualidad





mente la especialidad.

- **Los surfistas** no son habituales de los gimnasios.
- **No hay mayor pecado** entre la comunidad surfera que lanzar gritos de júbilo y fanfarronear tras una actuación lograda. Esto no quita que no sean vanidosos y que adoren ser fotografiados.
- **En los picos** llenos de gente se impone una rígida jerarquía, casi simiesca, donde la prioridad de salida viene definida por el talento, la agresividad, el conocimiento de las condiciones y la reputación.
- **Se ha inventado una máquina** capaz de generar olas artificiales de mucha calidad y ajustables a diferentes niveles.



GETTY IMAGES

■ **El crecimiento sostenido** de aficionados al surf, espoliado por un expansivo circuito de competiciones y la industria dedicada al equipamiento, ha masificado urbi et orbi los picos más atractivos. La decisión del COI de que el surf sea disciplina olímpica en Tokio 2020 ha acabado por soliviantar a la mayoría de sus practicantes.

claridad y el ritmo. Para empezar, no detenerse en cuestiones técnicas más que una sola vez". Pero por mucho que el autor encuentre mil enfoques distintos a la hora de recordar sus cabalgadas por mares de medio planeta, los intereses del libro son universales: madurar, jugar tus cartas, sufrir, perseverar, equivocarse, perder, renunciar, aprender.

Desde que nació su hija, que hoy tiene catorce años, Finnegan ya no acude a zonas de guerra y evita cuanto puede las olas monstruo (y decimos "cuanto puede" porque no hace tanto que en Hawái y Puerto Rico "se me pusieron por corbata"). Con todo, descarta categóricamente ser un caso perdido de esa "pulsión de muerte" analizada por Sigmund Freud. "No busco el peligro, no estoy loco, cuando he sentido miedo no es porque haya salido a su encuentro sino porque, de repente, he notado que me he acercado en exceso a mis límites. Cuando preparo un reportaje, estoy sobre el terreno para entender, no puedo hacerlo desde el hotel. El primer objetivo es no recibir un balazo. Y en cuanto al surf, uno aspira a disfrutar de un encuentro con la belleza a través de una experiencia pasada por agua. Ya está. No le echo un pulso al océano".

Su cuerpo quizá introduciría varios matices a la hora de explicar el relato común. William Finnegan colecciona cicatrices; tiene teriugio en ambos ojos, un tipo de catarata causada por el reflejo del sol en el agua; ha pasado tres veces por el quirófano para operarse los oídos porque la entrada cíclica de agua fría provoca que se junten unos huesos hasta taponar el pabellón auditivo, y su castigada piel no ha sufrido un carcinoma de milagro. "Con todo, he evitado el mayor peligro: caer en una obsesión enfermiza. No son

pocos los que sacrifican los estudios, el trabajo, las relaciones personales... y acaban viviendo con una mano delante y otra detrás en un pueblo costero, siempre pendientes del oleaje". |

William Finnegan.

Años salvajes

LIBROS DEL ASTEROIDE. TRADUCCIÓN: EDUARDO JORDÁ. 600 PÁGINAS. 26,95 EUROS

libroscopio

El paseillo del Liber

La feria Liber es uno de los escasos ejemplos de descentralización estatal y reparte su capitalidad de manera salomónica: un año en Madrid y otro en Barcelona. Barcelona también es férreamente centralista en Catalunya: la alcaldesa **Colau** en la inauguración habló de **Carmen Balcells** como "barcelonesa universal", con lo orgullosa que estaba ella de ser de Santa Fe de Segarra. Pero Liber incluso ha contagiado a la capital catalana de su espíritu salomónico y se celebra en las instalaciones de la Fira II, un territorio fronterizo entre Barcelona y l'Hospitalet, esa ciudad misteriosa que a la gente de Barcelona le resulta un paraje remoto, hábitat de valiosos escritores como **Gabi Martínez** o **Toni Hill**.

El presidente de la Federación de Gremios de Editores de España, **Daniel Fernández**, recordó en la inauguración de las jornadas que, según la tradición inglesa, la edición es un oficio de caballeros. Aunque a la vista del paisaje que ofrecen las instalaciones de la Fira de Barcelona donde se



Colau y Puigdemont con José Manuel Gómez, presidente del grupo Anaya

A. ITURBE

desarrolla Liber, con un pasillo larguísimo de aeropuerto sobre hangares desangelados, parece un oficio de almacenistas.

Liber mantiene un ritual el día de la inauguración al que me reconozco adicto. Una vez cerrada la plaza de toros de la Monumental por razones animales, ya sólo queda la ocasión de observar la práctica taurina del paseillo en ferias de libro como esta. Aquí los toreros son autoridades y en lugar de lanzarles, a su paso triunfal, ramos de flores, sombreros o botas de vino, les echan libros. El ritual paseillo inaugural lo protagonizaron el president **Puigdemont**, las alcaldesas **Colau** (Barcelona) y **Marín** (l'Hospitalet), y el secretario de Estado de Cultura, **José María Lassalle**.

Dime qué regalas y te diré quién eres. En el stand de Penguin Random House, al president Puigdemont le cae el libro de memorias de **Bruce Springsteen**, que ojea con vivo interés. En la editorial SM le regalan una caja de libros encabezada por *El príncipe feliz*, tal vez en un intento de curarlo de su republicanismo recalcitrante. El histórico editor **Pere Vicens** está al pie del cañón y les hace una demostración a las autoridades de sus aplicaciones robóticas a los contenidos docentes de Vicens Vives.

Edelvives, Anaya, Edebé... la comitiva de autoridades va de oca a oca y coge libro porque le toca. En Planeta los recibe su responsable de relaciones externas, **Carles Creuheras**, un clásico que lleva más Libers en el cuerpo que pelos en la cabeza. Les regala *No aconseguirai el meu odi* del periodista **Antoine Leiris**, que perdió a su esposa en el atentado de la sala Bataclan de París. Me cuenta Creuheras que generalmente a cada autoridad le seleccionan un libro distinto, pero, dado el simbolismo, este año es para todos el mismo (el de Lassalle, en versión castellana). Vuelvo al pelotón. Al acercarse a la siguiente parada, el stand del ministerio de Cultura, Puigdemont le dice a Lassalle con tono jocoso: "Pasa tú delante que a ti te darán la bienvenida". Como el protocolo es relajado, me acerco después al president y le pregunto qué le han dado en el ministerio, además de disgustos, me enseña el libro de gran formato *Paisajes de España* con un poco de sorna: "Mira, han tenido la delicadeza de doblarme la solapa del libro por el sitio que hay que ver". La marca señala la página dedicada a la Garrotxa.

Al pasar por delante del stand de Kalandraka, que no forma parte de la ruta, una mano agarra a **Ada Colau** y la arrastra: "¡Mira qué libros maravillosos!". Esto es un zoco. Finaliza el paseillo en la siempre discreta -pero infalible- editorial Salamandra. La encargada del stand regala a los políticos un ejemplar del nuevo libro de **Harry Potter** y los despide con una frase: "Que la magia os acompañe". Falta hace. |

ANTONIO ITURBE

